

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO QUINCENAL

SUMARIO

Figuras nuestras — Una luz en las tinieblas — Bibliografía, REDACCION. — Georg Brandes, J. J. IPSEN. — Observaciones sobre la historia de la anarquía: J. P. Proudhon y la Internacional frente al nacionalismo y a las guerras nacionales, MAX NETTLAU. — La concepción del Estado fascista: Monarquía absoluta y gobierno de castas — La plebeyocracia como síntesis del derecho divino, E. LOPEZ ARANGO. — De la doctrina y de la táctica — Plataforma de organización de la Unión General de los Anarquistas (Proyecto).

CERTAMEN INTERNACIONAL

El movimiento obrero en México — Documentos para la historia del anarquismo en América, J. C. VALADES. — Doctrina y táctica — Sectores políticos y doctrinarios — Las tendencias del movimiento obrero — Marxismo, Sindicalismo y Anarquismo — El error del neutralismo y de la unidad de clases — Conclusiones, E. LOPEZ ARANGO.



EL EJEMPLAR
20 CTS.



Núm. 261
AÑO VI

S U P L E M E N T O Q U I N C E N A L

Aparece los días 15 y 30 de cada mes

REDACCION, ADM. Y TALLERES: PERU 1537— BUENOS AIRES. — SUS-
CRIPCION: \$ 1.20 EL TRIMESTRE.— NUMERO SUELTO: 20 CENTAVOS
CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A M. TORRENTE

HISTORIA**REVOLUCIONARIA,****SOCIOLOGIA,****PROBLEMAS****TEORICOS Y****TACTICOS DEL****ANARQUISMO,****CRITICA SOCIAL,****BIBLIOGRAFIA,****ESTADISTICAS**

Los camaradas del exterior pueden conseguir esta revista dirigiéndose a las direcciones siguientes:

NORTE AMERICA**STEUBENVILLE (Ohio)**

E. Lone. P. O. Box 256.

NUEVA YORK

"Cultura Obrera"

S. O. Box 35, Station D.

FRANCIA**PARIS**

Librería Internacional. 72, Rue des Prairies

LYON

C. de E. Sociales, 86 Cours Lafayette.

PERPIGNAN

A. Mongot. Rute du Vernet núm. 52.

VALPARAISO

Abraham Díaz. Correo 2, Casilla 4048.

ESPAÑA**BARCELONA**

Tomás Herrero. Cadenas 39.

MEXICO**EN LA CAPITAL**

J. C. Valadés. Mérida 164.

MONTERREY

R. Banajas. Washington 156.

CHILE**SANTIAGO**

Luis H. Heredia. Correo 3, Casilla 5015

BULNES

Javier Urrutia A., Casilla núm. 1.

ANTOFAGASTA

M. Esprella.

URUGUAYAmérico Cabrera, Correo de La Teja—
Montevideo.—

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO

QUINCENAL

AÑO VI

Buenos Aires, 18 de Abril de 1927

N.º 261

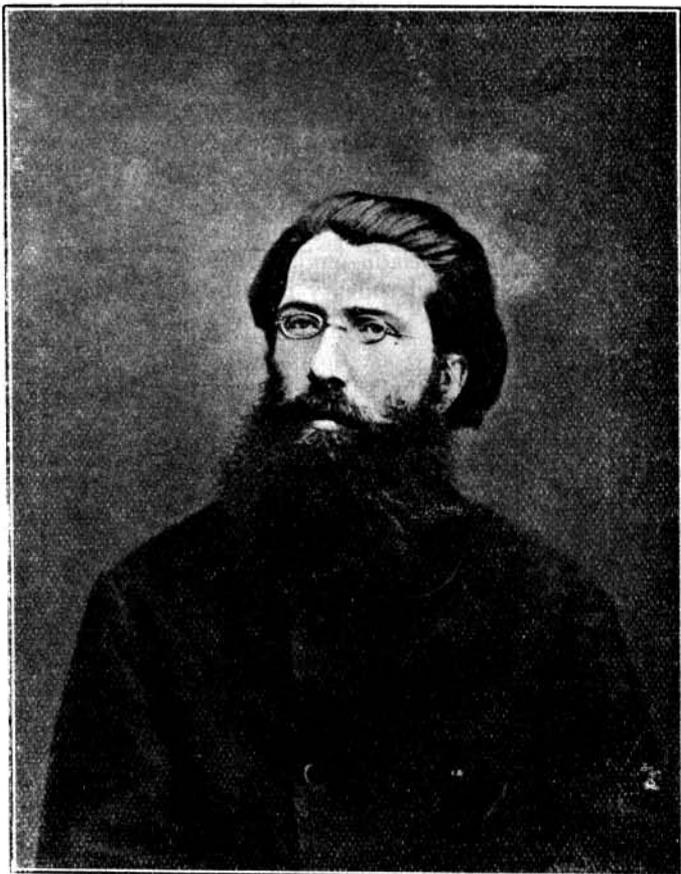
FIGURAS NUESTRAS

CARLOS CAFIERO. — Fanelli, Cafiero, Malatesta, he ahí una trilogía inolvidable en el despertar del proletariado italiano a las corrientes del socialismo y de la Internacional. Miguel Bakunin fué su inspirador, su maestro y el gran rebelde ruso ha hecho a la humanidad progresista grandes servicios con la conquista de esos tres hombres para la anarquía y la revolución.

Cafiero nació en Barletta el 1 de septiembre de 1846, hijo de una rica familia aristocrática. Fué educado como correspondía a su rango social. Entró muy joven en la universidad de Nápoles y se laureó en derecho en 1865, siendo destinado a la carrera diplomática. La hipocresía a que le condenaba su profesión le dió asco y abandonó para siempre el gran porvenir político que le esperaba. En 1867 fué a la exposición de París, y de allí a Inglaterra, donde conoció la Internacional. La Comuna de París lo entusiasmó y determinó su adhesión al socialismo, que ya estaba en germen en su temperamento y en su corazón. En 1871, al pasar por Suiza, visitó a Bakunin y la intimidad fué completa; después de esa visita tuvo la Internacional y la anarquía un nuevo combatiente, de los más abnegados, de los más entusiastas.

De regreso a Nápoles, con Fanelli, Friscia y otros funda *La Campana*, en la que también colaboró el joven Malatesta. Casó todos los creadores del movimiento socialista revolucionario italiano eran intelectuales de valía, elementos procedentes de la burguesía y de la nobleza. Es un caso único.

Desde el regreso a Nápoles en 1871, Cafiero fué incansable en su propaganda, en su preparación de la revolución; las persecuciones no fueron pocas; era uno de los hombres más perseguidos y más temidos. Tomó parte en todas las conferencias y congresos de la Internacional. Muertos sus padres y liquidada su herencia, ofreció cuanto tenía a la causa de la revolución; a él se debió la iniciativa de proporcionar a Bakunin un refugio seguro en la Baronata,



que serviría de foco de propaganda y de conspiración internacional.

Fué con sus medios económicos que se preparó la malograda insurrección de Bolonia de 1874, y junto con Malatesta y otros preparó y tomó parte en la insurrección de Benevento, en 1876, una aplicación práctica de la teoría de la "propaganda por el hecho". El fracaso le proporcionó 16 meses de cárcel.

Cafiero, Malatesta y Emilio Covelli, un amigo de la juventud de Cafiero, pertenecen a los primeros iniciadores del comunismo anárquico, en 1876, antes de Kropotkin, que llegó a esa idea hacia 1879.

Después del memorable proceso a la banda de Benevento, Cafiero se dirigió a Francia, de donde fué expulsado; regresa a

Suiza y después se va a Londres, de donde volvió a Italia, enfermo. Las persecuciones le amargaron la vida y su razón se obscureció, muriendo en un manicomio de Nocera Inferiore el 17 de julio de 1892.

Esta simpática figura de la Internacional italiana no escribió mucho; su labor ha sido de otra especie; sin embargo se le debe una exposición popular de *El Capital* de Marx, una serie de artículos para *La Révolution Social* de París y algunos otros trabajos; pero más interesante aún que su obra escrita es su vida de militante revolucionario, de combatiente abnegado de una gran causa.

En el libro de Max Nettlau sobre *Errico Malatesta* existen numerosos detalles de la agitada vida de Cafiero.

UNA LUZ EN LAS TINIEBLAS

El fascismo sostiene teorías como ésta:

“El fascismo se opone a la concepción tradicional del Estado, o sea a la autoridad derivada del pueblo; pero apoya la autoridad derivada e Dios.

“De ahí que su deseo sea materializado en el rey, porque, primeramente, este poder tiene su fundamento natural en el triunfo de la fuerza y de la inteligencia; en segundo lugar, este poder es de origen divino, y en tercer término, porque este poder es conferido al rey por Dios y no por el pueblo. El Estado fascista está basado en la representación de las mejores virtudes y méritos del país, por lo cual trae como resultado un buen gobierno”.

Dice que la soberanía real es de origen divino; por consiguiente no es responsable ante los pueblos; y por su parte los ministros no son responsables más que ante el rey. ¡Singular irresponsabilismo elevado a sistema!

Eso se dice hoy mismo, esas teorías circulan por la prensa de todos los países, son leídas; pero el lector ha sido embrutecido suficientemente por muchos años de guerra, de nacionalismo, de deportes, de vulgaridades y no se da cuenta del significado de ese retorno medioeval en la concepción del Estado.

Los hombres cambian mucho según en la posición en que se encuentran; es probable que el fascismo haya llegado a suponerse sinceramente instrumento de designios providenciales, enviado de dios para restablecer en el mundo las tinieblas de una nueva edad media y los prestigios maltrechos del principio de autoridad. Considerémosle, sin embargo, fiel intérprete de su pensamiento interior, de sus aspiraciones, de sus convicciones más íntimas. De cualquier manera las sombras del absolutismo son demasiado densas como para ignorarlas, y no son propias del horizonte italiano, sino de todos los países, de todos los continentes, de todas las latitudes. El absolutismo político celebra sus orgías, los pueblos han vuelto a ser los instrumentos pasivos de sus amos, de sus tiranos. Ninguna resistencia, ningún conato de rebeldía. Calma por todas partes, calma de

rainas. Ha caído un mundo de pseudo democracia, no para ser sustituido por un mundo de libertad y de igualdad, sino para dejar el campo libre al despotismo más extremo, al absolutismo más intolerante y fanático. Cien años de luchas por el progreso social, sacrificios ingentes por la libertad y el despertar de los pueblos a la conciencia de sus destinos, instituciones levantadas a puño como una maza contra los privilegios de clase, ideas de emancipación y de humanidad, — todo ha caído, todo ha sido envuelto en las tinieblas, todo ha sido arrasado bajo las patas del caballo de Atila de las dictaduras.

Vino primero Rusia con el absolutismo y el monopolio bolchevista; surgió pronto Italia con su fascismo, España con su dictadura militar, Grecia, Bulgaria con sus hordas de asesinos, Rumania, Polonia, los Estados Bálticos, Portugal, Brasil, Perú, Chile, etc. ¿Hacia dónde volver los ojos, en qué dirección hallar un oasis, un foco de luz?

Y es tanta la tragedia por este entenebrecimiento del mundo como por la pasividad con que los pueblos se han dejado arrebatar sus conquistas, por la complacencia con que el mundo de la inteligencia abdica su dignidad y su pensamiento, por la indiferencia con que los trabajadores extienden las manos para que sean remachadas más firmemente sus cadenas. Una caída con lucha sería una derrota, y una derrota en la guerra social no es una catástrofe, es un episodio de una trascendencia muy relativa, porque no son las derrotas sufridas en la lucha las que han paralizado hasta aquí el movimiento ascendente del proletariado. Lo que es trágico, lo que es inconcebible, lo que significa un mal augurio para el porvenir es esta caída sin resistencia, esta renunciación voluntaria y esta vuelta casi unánime a un estado de esclavitud moral y material que creíamos superado para siempre.

Los Estados, grandes y pequeños, se preparan para una nueva guerra mundial; lo hacen a la luz del día, sin necesidad de simular sus planes, sus propósitos, sus íntimos deseos.

El armamentismo es hoy más general, más febril y más monstruoso que antes de 1914; los gases asfixiantes, las construcciones navales más perfeccionadas, la navegación aérea llevada a sus extremos de capacidad y de utilidad para la guerra; todo está en marcha; los programas bélicos de las grandes potencias son realmente monstruosos. El mundo se parecerá dentro de pocos años a un enorme cuartel, a un gran campamento armado. Todo eso pesará, naturalmente, sobre aquella minoría que ara la tierra, siembra el trigo y recoge las cosechas. Partes cada vez mayores del proletariado se adhieren a la voluntad de los amos; los esclavos del campo y los de la ciudad están distanciados como si mediara entre ellos un abismo. La resistencia en esas condiciones frente al enemigo común es casi imposible, una verdadera utopía.

De un momento a otro puede sonar la orden de la movilización; Francia decidió ya que en caso de guerra toda la nación es militarizada, todo el país se convierte automáticamente en un cuartel; lo mismo se hará en todas partes, aun sin previas decisiones. Y la guerra se aproxima; se gesta con nimios pretextos en los Balcanes, en los Estados del Báltico, en las pequeñas nacionalidades fabricadas por el tratado de Versalles; en China. Pero es bien claro que la causa del desequilibrio del mundo capitalista es la ambición colonial de unos países, la competencia comercial e industrial en otros. Italia quiere colonias para su constante exceso de brazos; Alemania quiere hacer vivir su industria y luchar en los mercados internacionales, so pena de condenarse al suicidio o de volver a condiciones imposibles en su vida económica; Francia tiene miedo a ese despertar de Alemania; Inglaterra tiene también sus causas de intranquilidad. Luego está la gran potencia japonesa por un lado, Rusia con sus planes imperialistas por otro, los Estados Unidos de América del Norte, etc. Todos son motivos de recelos, de desconfianza, de desequilibrio. Y como si eso no fuese bastante, hay en Europa ocho millones de desocupados que podrían constituir un día un peligro efectivo. Para prevenir ese peligro está el recurso de la guerra que emplearía los brazos cesantes por virtud misma de los males inherentes al capitalismo en la noble industria de matar.

No vemos en esta situación otra perspectiva próxima que una nueva guerra. El capitalismo la quiere, la necesita. Y el proletariado, la única fuerza posible, la única posibilidad de salvación, no parece dispuesto a

volver en sí. Y la movilización puede producirse de un día a otro. El mismo incidente reciente italo-yugoeslavo habría encendido la mecha a no ser porque Francia e Inglaterra no consideraron llegada la hora.

Pero, por lo demás, ¿se quiere mayor prueba de la proximidad de la guerra que la excitación de los mentideros diplomáticos y la insistencia con que se habla de paz y de desarme en los círculos políticos y en las conferencias internacionales de los dirigentes de los Estados? Así como las conferencias de La Haya fueron el preludio de la hecatombe de 1914-1918, así las actuales conferencias y planes de desarme son el anuncio de la guerra que viene.

Mientras se consolidan las dictaduras y extienden el radio de su influencia; mientras las tinieblas se ciernen sobre esta época triste de angustia y de ruina; mientras los Estados grandes y pequeños se arman hasta los dientes y preparan la guerra mundial; mientras sólo en Europa ambula sin pan y sin trabajo la cifra de más de ocho millones de desocupados ¿qué esfuerzos se advierten para contrarrestar un porvenir tan sombrío?

La democracia ha fracasado miserablemente; ha fracasado como idea incapaz de sostenerse y ha fracasado por la conducta de sus hombres como movimiento. La bandera de la democracia, que estaba plantada sobre una injusticia permanente, la división de la sociedad en pobres y ricos, en explotadores y explotados, en dominadores y dominados, ha caído miserablemente en condiciones poco airoosas y gloriosas. Ha caído después de haber gestado la dictadura. Y si mañana, llevados por un nuevo engaño, los pueblos volvieran a levantar esa bandera e impusieran la vuelta a la constitucionalidad, al pseudo liberalismo burgués, tendríamos que esperar la misma trayectoria; ante el peligro de la revolución igualitaria y justiciera volvería a gestar la dictadura y a ceder el puesto al absolutismo. La democracia, pues, no es una solución.

En general no es una solución el principio de autoridad, el principio del gobierno del hombre por el hombre, que va unido indisolublemente a la explotación del hombre por el hombre. Dénsese a ese círculo de hierro las vueltas que se quiera; la autoridad será siempre la autoridad y milenios de historia nos enseñan lo que ha producido y lo que producirá.

Sólo la libertad verdadera, sólo la anarquía representa una luz en las tinieblas del

mundo. El gobierno fué, es y será un instrumento de los privilegiados contra los productores, contra el proletariado. Mientras la vida no se fundamente en la libre iniciativa de cada uno y en la solidaridad de todos; mientras el hombre abdique en manos de otro hombre sus destinos y su personalidad, habrá explotadores y explotados, habrá tinieblas en el mundo.

Y tinieblas hay, pero espesas, como en los tiempos tétricos de la teocracia católica, como en los negros siglos de la edad media. Sin embargo, no hay motivo para desesperar. La humanidad atravesó muchas crisis desesperantes y no se hundirá para siempre en esta crisis que vivimos. No desesperamos del porvenir, no anunciamos la muerte, no predecimos el diluvio; decimos, sí, que las ruinas sembradas en el dominio de las conciencias y de los valores morales progresivos por el triunfo de las dictaduras, son más importantes de lo que quisiéramos suponer. Decimos que la reconstrucción ha de ser penosa y exigirá mucho tiempo y muchos sacrificios. Pero depende de nosotros el que la humanidad, al volver en sí, no necesite tantear otra vez el camino de la salvación; sostendremos en alto la anarquía como un faro luminoso, como una luz en las tinieblas. Y los hombres hastiados del crimen permanente de la autoridad, después de haber conocido los horrores de un sistema de convivencia en que el hombre es un lobo del hombre, comprenderán la dulzura y el encanto de la solidaridad humana, del apeyo mutuo, de la anarquía entre hermanos.



El 19 de febrero de 1927 murió Georg Brandes en una clínica de Kopenhague, a la edad de 85 años. La causa de la muerte fué una formación cancerosa en los intestinos, contra la cual se demostró ineficaz una operación.

Brandes era el danés más famoso del presente; realmente nadie le sigue en su gloria; lo que nos ha quedado en grandes nombres no tiene un verdadero contacto con Europa. Brandes era europeo y eso fué lo que sus adversarios le echaron en cara como un insulto. Habitó más de cinco años en Berlín en el destierro, porque como judío errante de la crítica, había lesionado a los partidarios satisfechos del nacionalismo. Apareció como una tempestad en Dinamarca al mismo tiempo que Luis Pío, el que creó en el país el primer movimiento socialista; era como si dos águilas evolucionaran sobre los bosques y despertasen a

todas las aves. Pío murió en América, sin haber visto la caricatura que llegó a ser el movimiento obrero después de su fuga forzada a través del Atlántico. Brandes volvió e impuso su reconocimiento; durante treinta años vivió de las pocas donaciones que reunían para él algunos amigos acomodados, después le dió el gobierno tras fuerte resistencia un título de profesor con 6.000 coronas de sueldo al año, y el rey agregó algunas órdenes que Brandes no usó nunca. Una vez, por consideraciones de cortesía, tuvo que hacer una visita a Federico VIII y agradecerle por la "Cruz de comando de segunda clase", y cuando el rey le preguntó lo que pensaba de su nueva orden, respondió Brandes irónicamente: "Sí, majestad, me alegro de haber llegado a ser por fin algo de segunda clase".

¿En qué consistía la significación de ese hombre? Para Europa consistía en haber participado en la lucha contra la gran Internacional de la estupidez europea. Como crítico no sólo descubrió nuevos talentos: fué también un defensor de los pueblos oprimidos y anatematizó la guerra mundial y sus fautores. Para nosotros, los daneses, Brandes era la unión con lo mejor que vivía aún en la Europa decadente. Como Louis Pío fué la unión con la Comuna de París de 1871, Georg Brandes fué el eco de todos los movimientos revolucionarios, o mejor dicho antiautoritarios después de la caída de la Comuna. Sin embargo, no creía en la realización de las revoluciones; sólo creía en una cosa: en la infinitud de la estupidez humana. Brandes fué consecuentemente negativo. Cuando los trabajadores de Kopenhague, después de la partida de Pío, fueron a verle y le rogaron que fuese su jefe, se echó a reír. ¡El no era en manera alguna socialdemócrata! Cuando escribió el prólogo para la traducción de las Memorias de Kropotkin, no era anarquista. Y cuando tuvo una contienda periodística con el filósofo Hoeffding, terminó su asalto a toda filosofía con estas palabras: "No sabemos nada, absolutamente nada". Pero así no se puede reunir ningún ejército; Brandes no fué nunca jefe de rebaño.

Era el único en Dinamarca de esos que en este país no hay muchos. La mayoría se sumerge en el partidismo, de que él se mantuvo siempre distanciado.

Le gustaba compararse con el fuego. "Yo, por lo que a mí se refiere, soy en todas partes fuego". El fuego purifica, decía, consume lo que hay que consumir. Pero ante todo era la autoridad la que debía ser consumida — y al respecto era claro para él que no quería ser nunca una autoridad. Pero su valor como individuo lo reconocía. Se le preguntó una vez por qué no viajaba por el país y pronunciaba conferencias para los obreros y campesinos. No me entenderían, decía. "Yo soy maestro de los que enseñan". Una frase orgullosa, pero no había nadie que riera de ella, pues sabía decirlo de modo que sonara legítimamente.

Caracterizaba su ser también como *resistencia*. Ciertamente, resistía al Estado, pero resistía también a la autoridad creciente de la democracia. Los elementos políticos progresivos no representaban a sus ojos más que "la irracionalidad humana supuesta como idealismo". Descubrió a Nietzsche antes que se tuviera en Alemania una idea de la significación de ese hombre, y expuso la teoría que un pueblo es la obra de la naturaleza, creado para producir cinco o seis grandes hombres. En sus dos últimos libros presenta a Jesús como una

figura legendaria. Sin embargo, si la misión del pueblo no fuese mayor que la que suponía Brandes, él mismo, muchos años antes de escribir "la leyenda de Jesús", habría sido llevado a la hoguera.

Se ha hablado de brandesianismo. Pero esa es una palabra mentirosa que se empezó en la lucha contra él, pues no deja tras sí ningún partido, ningún cortejo, ni siquiera una camarilla. Cuando se recogieron entre los estudiantes daneses firmas para una misiva a Brandes en ocasión de su 85 cumpleaños, el 4 de febrero, poco antes de su muerte, después del gran esfuerzo se recogieron algunos centenares de firmas, una cifra ridícula, pues para cualquier político mediocre se recogen millares de firmas; pero por otra parte hay un pequeño número suficiente para el hombre que en las filas de los números no creyó nunca más que en el Uno.

En sus últimos dos años escribió en "Socialdemokraten", donde atacó de firme la pobreza es-

piritual. No obstante menospreciaba ese periódico y a sus jefes, y para él no era más que una tribuna que se le había ofrecido y que aceptó sin preocuparse de lo que contenía. Pero se pensará seguramente: ¿Si ese hombre hubiese ido al pueblo y lo hubiese elevado hacia él?

Cuando Georg Brandes fué incinerado no sonó ninguna campana. No se pronunció sobre él ningún discurso de paz, al contrario se continuará la lucha en torno a él. Para muchos daneses, sea dicho para vergüenza nuestra, era el *Anticristo*. Una vez se hizo eco bromeando de esa simpleza: "Sí, dijo, yo soy el mismo viejo Lucifer, el portador de luz en la aurora". Para nuestro pequeño pueblo era justamente lo que está ligado al fuego y a la resistencia: una *aurora*. Por desgracia hay muchos que no se levantan lo suficientemente temprano para verla.

J. J. IPSEN

KOPENHAGUE.

MAX NETTLAU:

Observaciones sobre la historia de la anarquía

P. J. Proudhon y la Internacional frente al nacionalismo y a las guerras nacionales

No pocos lectores del SUPLEMENTO (que continuará, en su nuevo formato, así lo espero, siendo hospitalario para con mis trabajos) recordarán la extensa serie titulada *La Idea Anarquista*, esbozo en el que he bosquejado su desarrollo hasta el año 1880. Ahora, en su lugar, ya hay dos libros bastante voluminosos (234 y 320 páginas nutridas, Berlín, *Der Syndikalist*, 1925 y 1927), por medio de los cuales he tratado de dar una base más amplia y documentada a esta historia, y tengo en lo sucesivo ante mí la tarea de continuarla a partir de 1881, y también de reunir materiales adicionales para reforzar, emendar o corregir estos dos volúmenes. Pero, en todo caso, muchos materiales directos, extractos y resúmenes sacados de una literatura muy dispersa y a menudo rarísima o, algunas veces, de documentos inéditos, cartas y recuerdos recogidos, se encuentran en estos dos volúmenes al alcance de todos, — se invita a cada uno que agregue a ellos nuevos materiales, — quienes tendrán la posibilidad de formarse una opinión independiente sobre la base, no de mi propio trabajo, sino de los extractos y documentos que reproduzco y a los que remito para más detalles.

Me tomo la libertad, pues, de encarar esta historia hasta 1880 y lo que pienso — y también lo que todos nosotros pensamos — de su desarrollo desde 1880 a 1927 y aun de sus posibilidades futuras, *de suma importancia ante todo*, de encarar todo esto desde un punto de vista, esta vez, un poco más elevado, es decir, prescindiendo de los detalles y considerando esa evolución libertaria de algunos en correlación con la evolución mundial general que es a la vez tan hostil y recalcitrante a nuestras ideas y que, sin embargo, según nuestra convicción, lleva en sí misma los gérmenes de una evolución *hacia el ideal anarquista*: sin esto nuestros esfuerzos serían frustra-

dos de antemano; pero no, ¡mil veces no! ¡no lo son ni lo serán!

Bakunin — en el manuscrito inédito que constituye el primer esbozo de la *Teología política de Mazzini*, octubre de 1871 — hablando de los dos factores que formarán al hombre en la sociedad libre, *la educación y la vida social*, dice: "... Pero para que la educación que la vida social da a los individuos no falsee y no vicie su naturaleza, es menester que sea, por sí misma, la encarnación, como diría Mazzini, o la realización, de la igualdad, de la justicia y de la libertad, al menos tal como somos capaces de concebirlas hoy día. La igualdad debe ser su base, pues la desigualdad falsea la libertad y hace imposible la justicia. En la desigualdad la justicia se convierte en iniquidad y la libertad en el privilegio de unos cuantos, por una parte, y en la esclavitud de todo el mundo, por otra. Pero la esclavitud es la verdadera causa de los crímenes..."

La *desigualdad* y los abusos que de ella se derivan, son la fuente de toda la miseria y de todo el crimen que triunfan a través de la historia y que hacen aún hoy día tan precaria, débil, siempre expuesta a tornar en lucha brutal, en guerra abierta, la convivencia entre los hombres, entre los pueblos — y sólo en la familia, gracias a un factor muy poco apreciado, la *mujer*, hay una apariencia, a veces muy real y algo más que apariencia, aunque con frecuencia también es transitorio y superficial, de esa convivencia amigable y solidaria que será la vida del porvenir, la anarquía.

Echando una ojeada hacia atrás, a los tiempos primitivos, podemos verificar la idea de Bakunin que fué también el fondo de las concepciones éticas de Kropotkin, basadas sobre su estudio del pasado humano, y de las de Reclus, basadas sobre el estudio de todas las sociedades humanas que pueblan el globo terrestre. No podía y no puede ha-

ber jamás igualdad física, pero hay perfectamente condiciones de vida igualitarias, equitativas para las primeras unidades sociales, las tribus primitivas que eran ante todo aglomeraciones reunidas y solidarias por el parentesco, los acampamientos que creaban grupos más o menos en relaciones familiares mutuas y por lo general bastante numerosas, pero de número diferente, primer elemento de desigualdad. Las diferentes condiciones de la vida material, alimento fácil o difícil de obtener, etc., constituían otro factor de desigualdad y engendraron un deseo, una necesidad, de extensión del radio acostumbrado de la tribu, más o menos grande y urgente, de los diversos grados de combatividad, de agresividad. Pero si en los terrenos señalados por límites naturales (montañas, grandes ríos, etc.) a pesar de todas las colisiones, pudo existir cierto equilibrio entre las tribus, y si aun las primeras federaciones de pequeños territorios de fuerza poco menos que igual pudieron crearse, en cambio debió originarse una desigualdad creciente entre las tribus moradoras de las extensas y fértiles llanuras y las de las montañas y los bosques: las unas fueron más ricas, pero, no protegidas por la naturaleza, más expuestas, más inermes; los montañeses llevaban una vida frugal, pobre, pero se mantenían indemnes en sus fortalezas naturales, la montaña poco accesible, a la que los habitantes de las llanuras oponían las fortalezas artificiales, sus refugios, las ciudades, que tenían otro origen y eran fuente continua de prosperidad, situándose en los mejores emplazamientos y cruces de rutas de comercio, con mercados y primeros pequeños centros de producción etc. De esta desigualdad entre la llanura y la montaña, el terreno frecuentado, favorecido, y los terrenos aislados, difíciles de cultivar, pobres y aun famélicos, resultaron esas colisiones permanentes, las irrupciones predatorias de los montañeses en las llanuras, como en la parte baja de la Escocia y el Norte de Inglaterra las soportó todavía en el siglo XVIII por parte de los *Highlanders* o como la Herzegovina las sufrió en la segunda mitad del siglo XIX por parte de los *Montenegrinos* que descendían, los primeros, para robar el ganado mayor, los segundos, para apoderarse de los carneros, y los unos y los otros para poner las manos sobre todo lo que podían llevarse. De ahí una defensa común de los habitantes de las llanuras que no lograron sino muy tarde, en los últimos siglos civilizados, reducir a los montañeses a una tranquilidad forzada, pero que en el curso de esta lucha caían ellos mismos lo más a menudo bajo la férula del jefe más poderoso que, esta vez, no fundó una federación, sino una dominación personal, un reino, en una palabra: el *despotismo*.

La desigualdad, que había sido primero natural, no habiéndose neutralizado en su comienzo, en su fuente, por una *solidaridad expansiva*, que de la tribu se hubiera extendido a la federación, fué aumentando, convirtiéndose en desigualdad material, muy pronto en social, y de ahí en política y personal, es decir creando dominadores y dominados, vencedores y vencidos, destruyendo durante todo el período histórico de esos tiempos primitivos hasta hoy día la solidaridad humana.

Estamos todavía en ello, el mal es inveterado, y si nosotros mismos, contemporáneos de una edad que se dice alta e intensamente civilizada, no sabemos cómo remediarlo aún, no hay por qué indignarse con los semisalvajes de los tiempos primitivos porque se hayan dejado coger en este terrible engranaje.

Desde ese tiempo la dominación y la sumisión se han extendido por lo que puede llamarse las rutas de tierra y de mar. Siempre los habitantes de las grandes llanuras, como la de la Mesopotamia y la del Egipto muy próximos a Europa, los valles inmensos del Eufrates y el Tigris y del Nilo, han sido dominados bajo el yugo de los *despotismos orientales*, y la facilidad de trasladar-

se en las llanuras por medio del caballo ha hecho posible subyugar las llanuras y, por su conjunto, tener a raya a los montañeses y también a los nómadas del desierto. Y el barco de mar, de los fenicios y de los griegos a los normandos y venecianos y genoveses, españoles, holandeses e ingleses, ha proporcionado ese otro medio, el de establecer nuevas dominaciones comerciales, bien pronto políticas, por la fundación de ciudades portuarias, de emporios de comercio, la subyugación consecutiva del interior del país y la ruina forzosa de sus propias ciudades portuarias o su pillaje, bloqueo y destrucción. En suma, el *despotismo oriental* y el *poder marítimo* han sido los dos grandes factores que han reducido a la sumisión, a la impotencia o a un retiro o aislamiento forzado, seguido de retroceso en civilización y de gran pobreza, a partes del globo que no han desarrollado estas dos terribles llagas de la humanidad, llagas que nos afectan siempre si es que no formamos parte de los que hieren.

Así, sobre esta base, con el ejemplo de los imperios asiáticos y del poder marítimo de Cartago se formó el *despotismo romano* y sobre sus ruinas la ambición de renovar o que inspiró a todos los pueblos lo que al fin habían destruido el imperio romano y que habían vivido hasta entonces más o menos en federaciones o en el aislamiento, pero que en lo sucesivo llegaron a ser el instrumento ciego de sus jefes, quienes levantaron los reinos y principados feudales tan numerosos de la edad media, y los más astutos y violentos de entre ellos eliminaban a los otros, y así surgieron los *grandes Estados*.

¿Cuáles eran las corrientes populares, revolucionarias, libertarias, que se oponían a esta creación siempre reiterada de despotismos, — el de Oriente, el de Roma, el de los reyes de la edad media y también el de los grandes imperialismos de las últimas generaciones y el de nuestros días?

Ante todo la represión más cruel, la ignorancia forzada, el atiborramiento de los cráneos de enseñanza patriótica y demagógica, religiosa o fanática y la muy real miseria, indigencia, de las masas ahogaron su voz, minaron su acción y las raras revueltas fueron rápidamente eliminadas. Todo fué puesto al servicio de las tendencias de la dominación, de la omnipotencia de lo que se llamaba la patria, pero que fué, en una realidad repulsiva, el Estado, la Corte, la casta militar y la clerigalla, la aristocracia feudal y los ricos del comercio y de la industria.

En cuanto a la instrucción, cesó de ser un monopolio estrictamente guardado, devino el instrumento para sembrar la mentalidad autoritaria y obediente, para difamar las aspiraciones de libertad y de insubmisión. También la libertad, destruida en la familia por el poder del marido y de la patria potestad del jefe de la familia, estaba verdaderamente desterrada del mundo y no habló sino aquí o allá por medio de algún raro pensador audaz o fué proclamada por algún rebelde que, bien pronto, puesto fuera de la ley, fué aplastado o supliciado. De ahí surge inevitablemente la ausencia de una verdadera comprensión y mentalidad libertaria — por no hablar de la ausencia de toda práctica de la libertad — y por consiguiente, todas las revueltas contra la opresión política y social, que no han faltado nunca enteramente, tomaban un carácter autoritario, comparable al extravío mental bolchevista de nuestros tiempos. Por esto, esas revueltas no condujeron a nada, pusieron por algunos momentos el poder entre las manos de los oprimidos o de sus jefes, y hubo actos de venganza, pero casi nunca, o tal vez jamás, verdadera liberación, y hubo después reducciones, reacciones, represiones terribles. Y todavía ocurre así: entre la mentalidad bolchevista y la de los esfuerzos más antiguos de revuelta social no hay ninguna diferencia seria. Es el "Quitate tú que me pondré yo", arraigado

en los espíritus por la concurrencia, la lucha áspera entre todos en la sociedad presente de cada período, trasplantado a una revolución social, desmoralizándola y arruinándola por anticipado.

Es triste reflexionar hasta qué grado las concepciones verdaderamente libertarias, anarquistas, han tardado en ser formuladas, proclamadas, propagadas; hasta qué grado de vida abyecta, de ceguera había llegado la humanidad en materia de libertad y en el que permanece aún. En las revoluciones más grandes la libertad, mil veces evocada con hermosas palabras, no tenía más que velar su rostro para no ver las orgías de la autoridad. Sucedió todavía esto en toda Europa, a pesar de algunas voces conscientemente libertarias, ya altamente elevadas en aquel entonces (Godwin, Warren, Proudhon, Stirner, etc.).

El feudalismo de la edad media había estado más o menos amalgamado con el realismo, el estatismo victorioso de los últimos tiempos de la edad media, apuntalado en el mercantilismo y el industrialismo crecientes de los siglos de los grandes descubrimientos geográficos, muy pronto de las grandes invenciones industriales.

Tres poderes pesaban, pues, sobre la Europa del siglo XVIII: la aristocracia feudal, el Estado burocrático y la burguesía ascendente con el comercio mundial y el maquinismo enriquecedor, bien pronto con los nuevos medios de transporte del siglo XIX, vapor sobre tierra y mar, ferrocarril y barco a vapor, entre sus manos monopolizadoras y ávidas de lucro. Esto fué demasiado al fin y el pueblo trabajador, obreros y campesinos, comienzan entonces a moverse y a sacudir sus cadenas. Pero este esfuerzo social del pueblo, del siglo XVI al XVIII, se confundía en parte con la lucha burguesa contra el Estado, la Iglesia y la aristocracia, — lucha memorable y de las más esenciales y necesarias, — sin que, inevitablemente, a causa de la diversidad de los intereses, pudiese haber una cooperación sincera. El pueblo tenía a los burgueses a su lado contra la realeza, la aristocracia, la burocracia, los sacerdotes, pero no para verdaderas conquistas económicas y sociales, no para la destrucción de la dominación estatista y menos para la eliminación del oscurantismo religioso de raíz: pues el capitalismo burgués, el Estado a las órdenes de los representantes de la burguesía y una religión "para el pueblo", consagrando el orden burgués era el fin de las luchas burguesas. De modo que las aspiraciones sociales postergadas, burladas y al fin ahogadas en sangre, como se hizo con Thomas Münzer en Alemania, con los camaradas de Winstanley en Inglaterra, con Babeuf y sus camaradas en Francia, y en muchos otros lados.

El estatismo triunfante en Alemania ya en el siglo XVI después del aplastamiento de los campesinos rebeldes, el Capitalismo victorioso en Inglaterra por la revolución de 1688, el burguesismo, los campesinos convertidos en pequeños propietarios y la dictadura militar de Napoleón como resultado de la revolución francesa, — habían dejado al pueblo trabajador en la más grande impotencia y estos tres acontecimientos dividieron notoriamente la fuerza del pueblo, separando a los campesinos de los obreros de las ciudades, el campo de la ciudad, separación funesta que dura aún.

Al emancipar poco a poco a los campesinos como en la mayor parte de los países de Europa o al permitir una expropiación relativa de los grandes propietarios, como se hizo en los primeros tiempos de la Revolución Francesa, se convirtió al campesino en un burgués minúsculo, llevado a la vida del lucro, de los negocios, de la venta, como el pequeño burgués patrón o tendero, y el sobrante de la población rural servía a los aristócratas, fué destruido por los ejércitos y las guerras y, muy pronto, fué absorbido, consumido por las manufacturas, las usinas de las ciudades, y éstos, desheredados por su propia clase, forzados a abandonar la tierra que no era para ellos, cavaban el

abismo presente entre la ciudad y el campo de generación en generación.

De manera que se recurrió a todos los medios para apartar las verdaderas aspiraciones del pueblo, para desviar sus concepciones, para convertirlos en peones y carne de las maniobras en las luchas burguesas, y constituyeron la carne de cañón de las guerras y el sostén material de la superestructura burocrática, jurídica, eclesiástica, Estado e Iglesia, que garantiza por la educación y por la fuerza el orden social favorable a los poseedores, aliados a los dominadores.

Las guerras napoleónicas y las restauraciones subsiguientes provocaron un nuevo problema, el de las independencias nacionales, deseando renacer después de la monarquía universal de Napoleón, como después de la reacción espantosa instaurada por sus vencedores desde 1814-15, y entonces nacionalismo y liberalismo se aliaban de un lado y trataban de atraerse al pueblo — de otro lado el nacionalismo, convertido en la única pasión de sus adherentes, se aliaba, si eso le parecía útil y conveniente, con la reacción, la autocracia (rusa), el clericalismo (el Papa, en Italia, etc.) y las situaciones se embrollaban a tal grado que en 1848 se vió más bien el caos que la acción revolucionaria consciente y conocedora de su fin. El pueblo se dió íntegro por todos estos fines incoherentes y sólo sacó en limpio esta enseñanza escrita en su sangre que, cuando se rebeló por su propio interés, reclamando un poco de justicia social, en junio de 1848 en París, fué masacrado, como Babeuf había sido judicialmente asesinado, como la Comuna de París en 1871 fué masacrada, como las semanas rojas de Barcelona en 1909, las de Romagna en 1914 fueron ahogadas en sangre.

Aun en 1848 el problema de la libertad no fué planteado eficazmente y sólo la voz de Proudhon resonó contra la mentalidad autoritaria de, por así decirlo, todos. Pero muchos problemas políticos, sociales y nacionales fueron planteados en 1848-49, y hasta en 1851, y la acción caótica de 1848-49, las crueles represiones de 1848 a 1851, y la estabilización o restauración absoluta deseadas y decretadas por los gobiernos victoriosos — todo eso, que fué causa de 5 ó 10 años de detención relativa y muy dura de soportar en los países europeos, no pudo hacer desaparecer todos esos problemas y desde 1852 más o menos fueron todos planteados de nuevo y fué entonces el momento decisivo, cuando los mejores medios para resolver esos problemas hubieran debido ser encontrados. ¿Lo fueron? La experiencia, las lecciones de 1848 a 1849 ¿fueron escuchadas? Todo en Europa está aún bajo la influencia de las impulsiones que se consagraron, a partir de 1858, a sus destinos: *el estatismo y el nacionalismo o el federalismo y la solidaridad* (el socialismo) estaban entonces frente a frente — ¿quién de entre ellos ha triunfado, cuáles eran las fuerzas de unos y otros, qué se piensa hacer en el porvenir? — he aquí cuestiones que me parecen importantes y feliz me siento de que al menos un solo anarquista, Proudhon, haya visto bien entonces, haya mostrado el buen camino — y no habiendo sido escuchado, no nos queda sino comprobar que el mal ha hecho su camino progresivo, que las probabilidades de la libertad han ido disminuyendo desde entonces, a pesar de todo el esfuerzo individual y colectivo que se ha hecho por ella.

Proudhon no pensaba proponer él solo a la humanidad europea, de ningún modo preparada para tal progreso, "establecer" la anarquía, pero aconsejaba rechazar las pseudo soluciones por medio de la fuerza, la conquista, la centralización y adoptar los medios de la paz, del contrato, de la descentralización, medios de proceder no desconocidos enteramente en la historia y cuyo empleo desearía siempre más extendido, finalmente regular. Dice francamente que el siglo XX abrirá la era de las federaciones o un nuevo purgatorio de

1.000 años comenzará para la humanidad (en 1927 Europa está más bien en este purgatorio, sino en el infierno, y la era de las federaciones sigue siendo siempre el gran fin que se aleja, porque nadie se toma el trabajo de acercarse a él).

La *federación agrícola-industrial* en economía, la *federación política* o la *descentralización* en política — así resume Proudhon sus ideas y para realizarlas no hay para él sino el medio de poner manos a la obra, de instituir en todo la federalización progresiva, los arreglos mutuos por contrato.

Se objetará que sólo una humanidad impregnada de aspiraciones progresivas hubiera podido realizar eso y que los gobiernos, Estados y clases poseedoras, tenían y tienen el mismo interés en ver durar el régimen económico no-contractual del obrero desheredado, forzado por el hambre a trabajar para el rico decentador de todos los medios de producción y riquezas sociales, que lo tienen también en ver durar entre las naciones el régimen de la conquista, de la fundación de nuevos Estados, centralizadores y conquistadores a su vez, según sus conveniencias o, si lanzaran a los pueblos a batirse por sus intereses, según la "fortuna de la guerra", el azar invocado con increíble ligereza. Para ellos el régimen de contratos, la descentralización, la federación no tienen ninguna atracción y puesto que su fin es establecer la igualdad, la libertad, *eliminar los parásitos económicos y políticos*, ricachos y burócratas y casta militar, para ellos el federalismo es el enemigo, y la buena guerra, la sangría del pueblo es el provecho, el excelente lucro, es la salud. No es, pues, de extrañar que hicieran oídos de mercader a Proudhon y que sus lacayos, por otra parte, le insultaran y le presentaran al pueblo como comprado, sino vendido, a la reacción: pues el solo se opuso a las *guerras liberadoras* y fué el perturbador de la fiesta...

Nada más natural, pues, que este repudio de Proudhon por todos los beneficiados del estatismo y del capitalismo y sus satélites. Pero ¿cuál fué la actitud del pueblo para con él?

Por *pueblo* no quiero comprender aquí a la gran masa de las víctimas de la ignorancia, reforzada por la educación patriótica y clerical y que, cuando adultos, son reventados por el trabajo, más o menos famélicos, atemorizados ante la falta de trabajo y que así, embrutecidos mentalmente, se sienten impotentes y no se ocupan de "las clases públicas", que "no les afectan" y que "no les interesan". Esta masa estaba sin duda hacia el año 1860 en una situación mucho más miserable y abyecta que en 1927, porque hasta entonces había sido arrojada sin consideración como combustible en el horno del capitalismo devorador de todo. Desde esa época, sintiendo un sordo descontento del que la Internacional de 1864 fué un síntoma, y sintiendo también que era necesario aplicar alguna profilaxis, higiene, reducción de horas de trabajo a esas masas para no hacerlas caer en decadencia física demasiado grande, los capitalistas aliviaron un poco la explotación física, pero, en cambio, de mil maneras y más que nunca siguen siendo los amos del espíritu de esas masas, llamadas indiferentes, a quienes atiborran el cráneo por medio de la gran prensa, las diversiones vulgares y otras distracciones fútiles que reemplazan la iglesia y la bebida embrutecedora de tiempos pasados. No hablo, pues, de estas víctimas, sino de la parte relativamente emancipada del pueblo, merced a sus propios esfuerzos dolorosos y a condiciones individualmente favorables para algunos. Son, pues, los *demócratas*, o *radicales* en política, los *tradeunionistas* (limitados entonces a Inglaterra) y un poco a Estados Unidos y aun a Cataluña), y los *socialistas*. ¿Cuál fué su actitud ante los insistentes llamados a la acción *federalista* lanzados por Proudhon?

Aquí estaba la piedra de toque: ¿estarían con los capitalistas quienes, desde entonces, 1858-59, juz-

gaban bueno lanzar los Estados, los ejércitos, las masas indiferentes, los demócratas burgueses, todo el mundo en fin sobre la pista del nacionalismo, en las guerras e insurrecciones nacionalistas — tendencia que se sigue aun en 1927 — o apoyarían a Proudhon rechazando ese juego que perpetuaba las guerras y las enemistades entre los pueblos?

Examinemos, ante todo, rápidamente en qué punto estaban entonces, en 1858, esas fuerzas populares inteligentes.

El socialismo, aparte de las hermosas ideas expuestas por Saint-Simon en 1814 ("*Reorganización de la Sociedad Europea*"), había vivido demasiado en un mundo feliz del porvenir, moviéndose en imaginaciones o en experimentos directos, separados del medio o en críticas y en rebelión contra la explotación presente, — y se había desinteresado aparentemente de la "política exterior", que fué entonces también *secrta*, realizada entre bastidores, inaccesible al público que sólo tiene que pagar *post festum* los platos rotos, que ella es todo eso sin duda — *hoy día*, a pesar de todos los discursos, y la prensa perspicaz y curiosa, apariencia engañadora como no hubo otra, fué y sigue siendo la palanca suprema, por medio de la cual los gobiernos ejercen su supremacía — puesto que es un regulador infalible para desviar la atención de la política interior, para aliar de nuevo las fuerzas que se desparraman, por un grito patriótico, en suma, para hacer frente a todo lo que amenaza su poderío. Al desinteresarse de ese factor de primera importancia, los socialistas desde hace un siglo han dejado la mano libre a los gobernantes para hacer un mal inaudito — y sus profesiones de fe más generosas de fraternidad, solidaridad, internacionalismo, no son más que letra muerta, puesto que jamás la política exterior de los gobernantes, dirigida por ellos y en su interés exclusivo, ha hecho la menor concesión al internacionalismo, tan altamente proclamado por los socialistas y que, por esta razón, ha seguido siendo siempre un hermosísimo sentimiento ultraplático.

Peor que esto; los gobiernos han comprendido a menudo, bastante bien, la fuerza de este sentimiento fraternal y también que era necesario darle un poco de satisfacción inocente a veces, y el nacionalismo se presta frecuentemente a maravilla a este juego. Para los que no están informados ni en contacto directo con él, el nacionalismo en algún otro país, es un asunto de simpatía, de compasión, de solidaridad, de admiración, y el *internacionalismo* impotente en una realización propia, para "sich auszuleben" (vivir su propia vida), encuentra una satisfacción *vicaria* en solidarizarse con el *nacionalismo* de un país un tanto lejos, no muy conocido. Es un impulso semejante el que sumió, hace algunos años, a no pocos revolucionarios, en todos los países, impotentes para hacer en ellos revoluciones, en el éxtasis ante el bolchevismo en Rusia, al que no conocían de cerca. También, pues, la mayor parte de los socialistas de la época aquí discutida, considerándose como *internacionalistas* íntegros, fueron francos admiradores del nacionalismo llamado libertador por Mazzini y de la práctica nacionalista insurreccional de los Garibaldi y de los polacos.

Esto se aplica aún más a los demócratas y tradeunionistas (ingleses), reformistas en cuestiones sociales, y ligados con los políticos llamados avanzados en cuestiones políticas. Bajo la influencia de Mazzini, el inflexible e infatigable director y *régisseur* del nacionalismo en Europa desde hacía tantos años, seguían la política de Mazzini, quieto, viendo que las fuerzas que él manipulaba eran, después de todo, insuficientes, y percatándose de la ambición del Piamonte, en su apogeo en la época de Cavour, — un país armado y aliado a la Francia de Napoleón III — devenido un factor más poderoso que su propio esfuerzo como republicano —, debió resignarse y aceptar la situación de 1858-59, es decir, una guerra nacional italiana,

hecha por el Piamonte y Francia contra Austria, guerra victoriosa en estas condiciones y que determinó de un golpe la supremacía del Piamonte en Italia. Eso quería decir que reinaría la realeza de los Saboya en Italia y no la república mazziniana — y la monarquía ganó rápidamente la segunda batalla lanzando a Garibaldi sobre Nápoles y la Sicilia, y, con los plebiscitos de la Italia central, hizo en tres años la adquisición de toda Italia, excepto Roma y Venecia.

En ese entrelazamiento de las alianzas y de las relaciones, no sinceras sin duda, pero manteniéndose bien o mal en los momentos decisivos, alianzas y relaciones de Cavour y Napoleón III a Mazzini y Garibaldi y todos sus amigos y camaradas republicanos burgueses, — el rol del pueblo, de los socialistas, tradeunionistas, radicales avanzados, amigos de Mazzini, de la liberación de Italia, admiradores de Garibaldi, estaba determinado de antemano: habían dicho A, debían decir B; rechazando a Proudhon con desprecio, no juraban sino por Mazzini y Garibaldi y debían resignarse, pues, a admitir también a Víctor Manuel I y a Napoleón III...

Vale decir que esta opinión pública llamada avanzada en Europa no pensaba entonces sino en insurrecciones nacionales, intervenciones de grandes Estados que, en la medida de lo posible, tomarían la forma de grandes guerras, — guerras del liberalismo occidental contra la reacción oriental (Austria, Alemania, Rusia). En suma se veía a la gran guerra con tanta ligereza que se saludaba en ella una insurrección, y después de una insurrección como la de los polacos, se creyó un deber internacional forzar a los gobiernos (Francia, Inglaterra) a una intervención que, si hubiese sido sería, no hubiera podido ser sino la gran guerra anglo-franco-italiana, ayudada por los húngaros, rumanos, eslavos insurrectos, contra Austria, Alemania y Rusia.

Todo el mundo avanzado, de Mazzini a Marx, jugaba así con el fuego de la guerra, evocaba la guerra y repudiaba a Proudhon y al federalismo — y la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864) nació, como se sabe, de la impulsión dada en esa gran reunión pública del 22 de julio de 1863 en Londres, en donde obreros ingleses y franceses reclamaron la intervención de sus respectivos países en favor de los polacos. Se sabe ya en qué medida Marx, desde que, por la primera vez, por la circular inaugural del fin de octubre de 1864, tomó la pluma en nombre de la Internacional, impulsó por ella a la guerra inglesa contra Rusia, lo que hizo aún en 1870-71, cuando la guerra germano-francesa, y hasta la víspera de la Comuna, impulsando en ese invierno en el que se desarrollaba ya esa gran guerra, a la guerra anglo-franco-turca contra Alemania y Rusia.

No hablaré aquí de Bakunin, que no estaba en contacto con los preparativos de antes de la fundación y con las actividades londinenses de la Internacional, pero que de 1861 a 1863 era fuego y llama con Garibaldi y los polacos y que no abandonó jamás una de sus aspiraciones eslavas de 1846 ó 1848, de las cuales cada una, aun si se hubiese comenzado por la conspiración y la insurrección, hubiera arrastrado la guerra local y en seguida, si la voz de los internacionalistas hubiese sido escuchada, la gran guerra europea.

Ha combatido seriamente en Italia el nacionalismo mazziniano y garibaldino y ha previsto muy bien que, realizado, no podría llegar sino a algo como el fascismo presente — pero no ha renunciado a ninguna de sus propias reivindicaciones eslavas, excepto el decir una vez, resignado, que, si su realización cambiaría a los oprimidos a su vez en opresores, la cosa no merecía la pena.

También, si se mira de cerca, el internacionalismo de la Internacional, al mismo tiempo que expresaba una solidaridad fraternal entre los obreros, pueblos, razas (blancos y negros), concordaba en su fin y aun tomó su origen, como manifes-

tación y como organización, de la viva simpatía con el nacionalismo militante y no fué en modo alguno adverso a las intervenciones de los gobiernos, que llegaba hasta a solicitar: no se disociaba, pues, en absoluto de las ambiciones nacionalistas de su tiempo, las que como siempre operaban por todos los medios, sirviéndose de todos los auxiliares, conspiradores, hombres de Estado y reyes, conspiraciones, insurrecciones, guerras locales y la guerra general. Las ideas verdaderamente humanitarias, antiguerreras, de algunos socialistas, las ideas (muy raras) puramente revolucionarias, antiestatistas, antinacionalistas de otros socialistas aislados y las ideas tan bien razonadas de Proudhon no fuerza escuchadas; con Marx anti-ruso por excelencia, Bakunin, antialemán acérrimo, Mazzini, a pesar de que no perteneciese a la internacional, siempre el oráculo sobre todo de los tradeunionistas ingleses de la Internacional (Odger, Cremer y otros), los amigos de los polacos en el Consejo General (Peter Fox, etc.), la Internacional en sus grandes manifestaciones generales no podía ser el portavoz de la fraternidad entre los pueblos de Europa. Algunos proudhonianos de París, algunos socialistas republicanos franceses que demostraban odio y desprecio absoluto por Napoleón III que los amigos de las nacionalidades economizaban siempre un poco, algunos socialistas belgas como De Raeppe, — todos esos protestaban en la ocasión contra la rusofobia del C. General y mostraban que la tiranía, la opresión eran ejercidas por todos los Estados, por Inglaterra libre como por Rusia autócrata, pero su voz no bastó para impedir las exhortaciones intervencionistas demasiado palpables, no cambió en nada la manera de pensar del Consejo General, el que, abandonado a sí mismo en el invierno de la guerra de 1870-71, pudo entregarse entonces sin temor a sus planes de convertir esta guerra en una guerra mundial, de los cuales el concebido por Marx y aprobado el 14 de marzo de 1871 por el C. General invitando a Inglaterra a resucitar la guerra naval por medio de corsarios privados munidos de "nombramiento de corsario", — prohibidos por la convención de París, — para restablecer el poderío de la presión inglesa sobre el continente, es el más memorable. Por este medio, el repudio de la conferencia de París, 1856, en respuesta a la respuesta de esta convención por Rusia (pasaje de los Dardanelos) y una tal guerra de piratería y bloqueo, Inglaterra, ayudando a Francia, forzaría a Alemania y a Rusia a prosternarse, se restauraría Polonia, etc.

Contra esto y lo que Bakunin propuso por escrito y hubiera hecho, si hubiese podido, durante la guerra de 1870-71, contra lo que otros internacionalistas dijeron e hicieron entonces, los raros manifiestos contra la guerra en ocasión de guerra o amenazas de guerra de 1866, 1867, 1870, hechos por la Internacional o algunas de sus secciones, pesan verdaderamente poco en la balanza. Del mismo modo los esfuerzos pacifistas de esos años, como el congreso de Ginebra en 1867, insuficientes, sin duda, y penetrando poco en el fondo de las cosas, la destrucción de los Estados, como decía Bakunin, el establecimiento de la justicia social, como decía Marx, — estos esfuerzos no merecían, no obstante, ser despreciados y más o menos saboteados por los internacionalistas, de los cuales una parte se les adhirió sinceramente, no comprendiendo la hostilidad manifestada por los otros.

Fué así que esa hermosa década de los años 1860-1870, cuando por la primera vez las ideas sociales, consideradas por las clases gobernantes como divagaciones de soñadores de 1814 a 1848, combatidas a muerte en junio de 1848, reprimidas más o menos sistemáticamente y casi reducidas al silencio de 1849 a 1858, pudieron ser discutidas en Europa en pleno día, en los congresos, en las secciones, en los periódicos de la Internacional.

Así estas ideas fueron grandemente perfeccionadas entonces y tomando del proudhonismo muy

insuficiente en economía la idea de la *libertad* y del socialismo más o menos autoritario la idea de la *propiedad colectiva*, se llegó a la síntesis magnífica del *socialismo impregnado*, penetrado de *libertad* — del socialismo o *colectivismo antiautoritario y revolucionario*.

En esta dirección, la Internacional, de 1867 a 1869 y 1870 sobre todo, bajo el impulso especialmente de César De Paepe y de Bakunin, que encontraba tan buena acogida y terreno en Bélgica, en Francia, en la Suiza romana, Italia y España, también en Holanda y en el movimiento de la juventud rusa, — en esta dirección, digo, la Internacional gastó su inteligencia viva e hizo una elaboración, una corrección teórica del socialismo por algunos años de *discusión colectiva*, emulación amigable, tal como cincuenta años de literatura socialista precedente, fraccionada en *escuelas* que no hicieron más que combatirse y repetirse, no lo habían hecho. El resultado, terminado en 1870, era verdaderamente una derrota insigne del socialismo *autoritario, estatista*, del que no se sentía ninguna necesidad si algún día sobrevenia la revolución social (día que se creía bastante próximo).

Sin duda la rapidez y la intensidad con que la idea de la Comuna — salida de la convocación a elecciones municipales por las cuales los batallones de la guardia nacional se manifestaron ya el 8 de octubre de 1870 en París sitiado — fué penetrada de socialismo y proclamada como unidad política y social en las narices del Estado, despojado de su omnipotencia, muestra a qué grado había llegado entonces la corriente socialista *antiestatista*.

La Internacional ha hecho, pues, bajo este aspecto una obra magnífica; se puede decir que en 1870 el marxismo era desconocido como factor militante. El socialismo electoral de los lassallianos, el de los demócratas ganados por los esfuerzos de Bebel y de Liebknecht en Alemania y su duplicación en Austria no tenían nada de propiamente marxista, fué un socialismo reformista y de propaganda que se hizo con los medios disponibles, con el sufragio en Alemania, sin el sufragio y reclamándolo en Austria y en Hungría, pero dispuesto a la acción en cuanto se pudiera. Marx, en la Internacional, no muestra, hasta 1871, sus garras sino raramente y casi siempre se le cortaron las uñas. Escribe un hermoso elogio de la Comuna y solamente después de sus derrotas continuas en los congresos, aprovechándose de la confusión después de la Comuna, realizó el golpe de Estado de la conferencia de Londres (septiembre de 1871), que fué vigorosamente contestado por los antiautoritarios.

Hasta la guerra y la Comuna, pues, el sentimiento de la Internacional (Alemania, la Suiza de lengua alemana y Ginebra, los países escandinavos, Inglaterra e Irlanda, excepto Estados Unidos) era *antiautoritario*; los autoritarios se alineaban con Blanqui o con el socialismo jacobino de los Pyat y de otros de la futura mayoría de la Comuna, con los cuales habría estado también Flourens, matado el 4 de abril.

De ahí infiero que la posición del *colectivismo antiautoritario* de los años 1868 a 1870, idéntico al *colectivismo* anarquista, era verdadera y decididamente ascendente. ¿Por qué no lo ha seguido siendo cuando la derrota de la Comuna era ciertamente un desgarramiento terrible, aunque el prestigio de la Comuna quedó intacto y fué enorme y ninguna idea socialista le había estado tan vinculada, tan congénere, como la del *colectivismo anarquista*?

Pero la fatalidad no fué esta derrota de la primera acción revolucionaria antiestatista de nuestro tiempo, sino esa guerra de 1870-71, y esa guerra era una salida directa e inevitable de las guerras nacionales que en 1859 habían sido comenzadas alegremente, a los gritos de liberación, y que de guerra en guerra tomaban un carácter

más duro y más reaccionario. Se habían deseado esas guerras, por falta de las insurrecciones, — las tuvieron — las tienen aún — ¡quién sabe cuándo desaparecerán! Y el pueblo, los socialistas, la Internacional no eran de los que hubieran querido impedirlos desde el principio. *Proudhon* lo quiso y mostró el camino — fué despreciado y el pueblo de Bruselas lo expulsó después de una manifestación y, prófugo de París algunos años antes, esta vez se refugió en París y allí murió veintinueve meses después (enero de 1865).

Sería injusto, históricamente, el hacer reproches a los socialistas de los años 1858 a 1870. Recordaban éstos el nacionalismo naciente, perseguido, sufriendo durante años a partir de 1815 el heroísmo de sus mártires, la elocuencia, la agudeza de sus defensores; no habían visto aún al nacionalismo triunfador, convertido en opresor y agresivo a su vez. Fueron también fascinados por Mazzini y Garibaldi, de quienes lo están aun tantos hombres hoy día. Estaban aún bajo la influencia moral de la derrota de Napoleón I por la Europa coaligada contra él: se aceptó el ser librado de un tirano muy molesto, pero se sintió desagradablemente la intervención extranjera y los tratados de 1815 no dejaron de ser considerados como una lesión que no curó a Francia, así como los tratados de 1919 lo son para los países sobre los cuales pesan. Merced a esta situación Napoleón III había sido elegido presidente en diciembre de 1848 y se había mantenido en el poder, aplastando a los republicanos el 13 de junio de 1849 y desembarazándose de ellos finalmente el 2 de diciembre de 1851 y haciéndose emperador en 1852. Por grande que fuese la ofensa hecha por su usurpación, muchos se la perdonaron por su política nacionalista de 1858-59 y sólo se volvieron contra él algunos años más tarde a causa de su política, la que, desencadenando el nacionalismo, se volvía cada vez más contra Francia, puesto que había contribuido directa o indirectamente a la constitución de Italia y Alemania en grandes Estados nacionales que, como tales, no podían ser amigos de sus vecinos. De modo que cuando en 1870 Napoleón III había querido reponer a Alemania en un lugar secundario ya no lo pudo y el mismo mes, septiembre de 1870, cuando fué puesto fuera de combate, Italia, apoderándose de Roma, puso un término a toda su política italiana.

Los republicanos burgueses, desposeídos en 1849 y en 1851, seguros de su advenimiento al poder en cuanto cayera o muriera Napoleón III, se guardaban siempre más de obstaculizar la política extranjera del emperador, de la que heredarían los beneficios sin haber asumido la responsabilidad correspondiente. Los socialistas, en tanto que revolucionarios, esperaban que el fin del régimen sería la señal de una revolución social que, pasando de país en país, como en 1848, inauguraría la caída de la burguesía. Pero fueron divididos, pues había otra fracción, que creía aún en una cooperación con la burguesía republicana después de la victoria, y la de Blanqui, no internacional, que aspiraba a una *dictadura* que los otros socialistas aporrecían. Se conoce lo más explícitamente los puntos de vista de Bakunin sobre lo que haría tal revolución, pero para todos los militantes constituyó entonces un problema al alcance de la mano, que podría presentarse cada día y en el que estaban prestos para obrar, como todos ellos lo han mostrado a partir de 1870 y bajo la Comuna, — prestos a obrar, a batirse, a morir si fuese necesario. Es probable que estas preocupaciones les hicieran perder de vista un poco la política extranjera o bien creyeran que el imperio sería derribado *antes* de una guerra europea. De esta manera la guerra pudo aproximarse disimuladamente — los republicanos no dieron el grito de alarma, puesto que una falta de éxito del emperador se resolvería en su provecho y puesto que ante los electores no querían pasar por faltos de patriotismo; por otra parte, los socialistas eran persegui-

dos, dispersados precisamente entonces, y el mal se hizo.

La Internacional, desinteresada primero, devino patriota a todo trance en cuanto cayó el imperio (4 de septiembre). En una circular que Varlin y Malon han firmado, se declara por el *Consejo Federal parisién* "... El día de las desconfianzas y de las disidencias no ha llegado, no tenemos más que dos deberes que cumplir: *La defensa de París*; tomar nuestras precauciones contra la reacción aturdida, pero no vencida.

"Obramos en consecuencia.

"Por todos los medios posibles concurremos a la defensa nacional, que es el fin capital del momento. Desde la proclamación de la república, la espantosa guerra actual ha tomado otra significación; es ahora el duelo a muerte entre la monarquía feudal y la democracia republicana. París sitiado por el rey de Prusia es la civilización, es la revolución en peligro. Queremos defender a París a outrance.

"Las reuniones que realizaremos en todos los distritos, la organización de los comités republicanos que estamos acelerando, la parte activa que tomamos en los trabajos de las municipalidades, las exhortaciones al pueblo alemán que difundimos, el concurso que prestamos al gobierno de la defensa nacional, no tienen otro fin.

"No obstante, no descuidamos las preocupaciones a adoptar contra la reacción en estado potencial y amenazante. Organizamos en este sentido nuestros Comités de vigilancia en todos los barrios y tratamos de fundar "distritos", que fueron tan útiles en el 93.

"Es, creemos, en este sentido que debemos obrar: 1.—Sobreexcitar por todos los medios posibles el patriotismo que debe salvar a la Francia revolucionaria. 2.—Tomar medidas energicas contra la reacción burguesa y bonapartista, e influir para que se sancionen grandes medidas de defensa por la organización de los Comités republicanos, primeros elementos de las futuras Comunas revolucionarias.

"Nuestra revolución no se ha hecho aún y la haremos cuando, desembarazados de la invasión, echaremos revolucionariamente los fundamentos de la sociedad igualitaria que deseamos.

"Esto será fácil, si nos resolvemos ya a ello, enérgicos y perseverantes.

"Viva la república social!

Por el Consejo federal parisién, Henry Bachruch. — B. Malon, E. Varlin".

Toda la historia trágica de septiembre a marzo de 1871 está en estas líneas. La Internacional de París se consagra a la guerra a todo trance, declarando, por el sitio de París, la civilización, la revolución en peligro. Exhorta al pueblo alemán en esas circunstancias a hacer retirar su ejército del territorio francés, presta su concurso al gobierno de la defensa nacional — y cree al mismo tiempo poder preparar los primeros elementos de las futuras comunas revolucionarias, alcanzar la hora de su revolución que echará revolucionariamente los fundamentos de la sociedad libre.

El gobierno, la burguesía, Thiers leyeron también esta circular demasiado ingenua — aceptaron el concurso de los socialistas tanto tiempo como les fué necesario durante el sitio, los provocaron el 18 de marzo a quemar sus últimos cartuchos — y en la última semana de mayo Varlin fué conducido al suplicio.

Todo esto fué inevitable; comenzando por guerra y epopeya romántica, 1859 y Garibaldi, esta década de la Internacional termina en su apogeo por una guerra terrible y una tragedia de las más sombrías, 1871 y la Comuna. El acto siguiente fué la guerra mundial y la tragedia rusa aun más funesta, 1914-18, y lo que ocurre en Rusia a partir de la usurpación bolchevista de noviembre de 1917, acompañado esta vez de la ruina de la Europa central, del fascismo de los países latinos, de Rumania a Portugal, a excepción de Francia, Suiza latina y Wallonia. El mal va en aumento: ¿cuándo se detendrá? ¿cuándo vendrá la esperanza, la cura? ¿Y cuáles son las probabilidades de nuestra anarquía en estas tempestades?

No se ha escuchado a Proudhon en 1859-63, nadie se ha ocupado de él después de los desastres de 1871, ni de los de 1918-19; se habla vagamente de federalismo en nuestros días, pero sin el gran coraje de Proudhon, sin su lógica imperturbable, sin ir contra la corriente, sin arriesgar la popularidad, sin quemarse los dedos — y así estas vagas palabras y débiles consejos son echados al viento.

He aquí una serie de observaciones que mi trabajo histórico sobre los años 1859-1880 de la evolución anarquista me ha sugerido; otras observaciones van tal vez a seguir.

FEBRERO, 1927.



E. LOPEZ ARANGO:

LA CONCEPCION DEL ESTADO FASCISTA

Monarquía absoluta y gobierno de castas — La plebeyocracia como síntesis del derecho divino

I

El dictador italiano es un político cabalista. En la cábala busca el método y la doctrina para dominar y subyugar a las masas que exteriorizan su belicosidad o su cobardía en esa adhesión activa o pasiva al régimen de violencia que desde hace varios años soporta todo un pueblo.

Buscar la esencia doctrinaria e histórica del fascismo es tarea imposible. Mussolini improvisó las bandas del "fascio" a la manera de los antiguos "condottieri", deseoso de encontrar un amo a quien servir. Siendo socialista interventista, evolucionó al nacionalismo. La guerra lo dejó sin partido y sin partidarios, y, por enemistades de orden personal, ni siquiera tenía la posibilidad de volver al campo reformista, donde habían sido admitidos todos los tráfugas arrepentidos de la social-democracia europea.

Durante el período revolucionario en Italia, cuando era imposible prever el giro que tomarían los acontecimientos, el incipiente fascismo, reducido a pequeños grupos de ex combatientes y de jóvenes arrastrados por la guerra a la delincuencia política, estaba a merced del primero que quisiera utilizarlo. Mussolini combatía al socialismo oficial, pero se presentaba como revolucionario, y la república era su palabra de orden. Y así se explica que en la época de la ocupación de las fábricas, las bandas del "fascio" intentaran encontrar un punto de apoyo en los militantes de la Unión Sindical Italiana y en los anarquistas.

Ya que en el campo proletario le estaban cerradas las puertas, Mussolini buscó apoyo en la burguesía. El capitalismo italiano no confiaba en sus viejos servidores, demasiado desprestigiados y débiles para contener el impulso revolucionario del pueblo. ¿Por qué circunstancia eligió al hombre que años antes había desterrado de Italia por su extremo radicalismo? El secreto de esa elección hay que buscarlo en los hechos mismos. El organizador de las bandas fascistas, aunque se presentaba como republicano, era un enemigo mortal de los jefes socialistas y estaba considerado como un traidor para las masas organizadas. Y nadie mejor que un renegado podía prestarse al juego del gupo plutocrático, que en el "sálvese quien pueda" lanzado por los caducos liberales, buscaban su salvación a costa que fuera de la misma monarquía.

El "condottiere" puso sus bandas al servicio de la contrarrevolución, pero dió los primeros pasos enarbolando la bandera republicana. ¿Previo Mussolini desde el primer momento el desenlace de la

"marcha sobre Roma", comedia de corte capitalista preparada en las oficinas de los banqueros e industriales, y que contaba con la aprobación de los servidores de la monarquía? Consciente del papel que representaba ¿aceptó las condiciones de la empresa, con el oculto propósito de repetir en la ciudad de los Césares el golpe de mano que llevó al poder a otros caudillos de humilde cuna en el decadente imperio romano?

No nos interesa dilucidar este punto, que por otra parte tiene una importancia secundaria en el estudio del proceso de la contrarrevolución fascista. Es un hecho comprobado que Mussolini organizó los "fascios" sin ningún plan político; que intervino en el movimiento revolucionario de la post guerra como el jefe de pequeñas bandas armadas dispuestas a tomar partido por cualquier fracción beligerante; que aceptó la soldada que le ofrecieron los capitalistas en su calidad de mercenario; y que, en último extremo, se aprovechó de las circunstancias para conquistar el poder ambicionado durante toda su vida.

II

El hecho de que las bandas fascistas se vieran dueñas del poder una vez "conquistada" Roma, obligó a Mussolini a improvisar un programa de gobierno. Pero en la elaboración de ese programa intervinieron los que habían financiado la "marcha" del pequeño ejército mercenario, protegido por la complicidad del gobierno del rey y la derrota moral del proletariado. Sólo así se explica el cambio fundamental en el programa político de los fascistas de la primera hora — socialistas y sindicalistas en su mayoría — y el hecho de que el fascismo dejara, al pisar las alfombras del Quirinal, sus pujos republicanos y se sometiera, al menos en las fórmulas cortesanas, a la autoridad invisible de la monarquía.

Demasiado sabemos que el dictador italiano, a pesar de que se hacía la ilusión de que gobernaba a Italia, fué en los primeros años — y aun lo es hoy en cierta medida — el instrumento del poder anónimo e irresponsable de las hordas que devastaron, saquearon e incendiaron lo mejor del patrimonio de la cultura italiana. El fascismo se impuso por el terror y la violencia. Siendo como era un movimiento esporádico, enemigo de toda disciplina, surgido de la guerra y alimentado con el hambre y la desesperación de las masas más incultas, llevó la guerra civil a un extremo de barbarie y salvajismo. Y Mussolini, que hubiera entonces aceptado la colaboración con sus enemigos de la víspera, que estaba incluso dispuesto

a concertar un pacto con los jefes de la Confederación General del Trabajo, no pudo vencer la resistencia de sus parciales, enemigos de todo propósito pacifista e intransigentes en lo que respectaba a dividir con los vencidos conversos el botín recogido en los saqueos de las cámaras de trabajo y de las sedes de las organizaciones obreras y de los partidos declarados fuera de ley...

La elaboración de la teoría fascista del Estado tiene un proceso de cuatro años. ¿Quiere decir eso que Mussolini haya descubierto una nueva concepción del estatismo, o que tan siquiera llegara a innovar las fórmulas ya clásicas del despotismo político, jurídico y económico, que constituyen la base histórica de la sociedad burguesa en sus diferentes sistemas de gobierno? La dictadura no es una novedad, aun en las formas despóticas que asume en Italia. Tampoco es nuevo el hecho de que un caudillo plebeyo se eleve a la altura del rey y hasta que se considere a sí mismo el igual de Dios... Esas son viejas farisas que rieron los hombres de otras épocas y de otras civilizaciones.

A través de los diversos ensayos de pacificación y de reconstrucción nacional, el fascismo repitió el juego de Penélope. Lo que el "duce" tejía de noche, bajo la impresión de su responsabilidad y de su impotencia, apremiado por el fantasma de la esterilidad de la odiosa y ominosa guerra civil, las hordas fascistas lo destejían de día. (Porque las bandas de incendiarios operaban a pleno sol, sin que nadie pudiera ponerles freno, mientras que el gobierno se ocultaba para dictar el cese de las expediciones punitivas, por temor a perder su punto de apoyo en el escuadrismo, y terminaba siempre por aceptar los hechos cumplidos). ¿Qué puede reivindicar como propio un hombre que, después de renegar del socialismo, copia lo peor de las teorías marxistas para presentar a la burguesía italiana e internacional la más híbrida y absurda concepción estatal?

En la concepción del Estado fascista hay de todo: realeza de derecho divino, aristocracia de sangre, superioridad de casta, plebeyismo pasado por el cernidor de las audacias y por el rasero de la servidumbre más vil. Y con todo eso, Mussolini amasó el gran pastel de la dictadura antiparlamentaria con parlamento y del imperio romano, católico y apostólico, con el triple poder del rey, del papa y del "duce". El dictador representa el papel trágico en esa comedia indigna que sólo pueden tomar en serio las víctimas de la reacción capitalista y los que sueñan con el retorno a la Edad Media. Pero, ¿en qué medida puede ese bufón extender su poder en el amplio espacio que ocupan los dos poderes básicos: la monarquía y el clericalismo?

He aquí una cuestión que seguramente no se plantearon los interesados admiradores del mercenario político que representa en Italia los intereses de la plutocracia, monárquica y clerical por interés y por tradición. Sin embargo, para comprender la esencia del régimen fascista y para descifrar las cábalas del cabalista de Predappio, es necesario tener en cuenta los múltiples ensayos y las infinitas rectificaciones que constituyen la tela de Penélope del Estado fascista.

III

¿En qué consiste, después de todo, la teoría que Mussolini acaba de ofrecer definitivamente terminada, con la última mano de barniz dada sobre el viejo y descascarado lienzo que sirvió de telón

frontal a las monarquías por derecho divino? Un jefe fascista ha dicho recientemente "que el fascismo es el régimen de los pueblos, porque destruye las castas; pero crea la aristocracia, y el proceso de selección de una aristocracia dirigente no se puede determinar si se halla fundado sobre las bases de un feliz privilegio material".

No podemos prestar atención a palabras que carecen de sentido y de realidad. El fascismo no es una teoría social ni un concepto civilizador; es un exponente de violencia, a cuyo amparo una banda de ambiciosos políticos buscan la satisfacción de sus odios y de sus mezquinos intereses de nueva casta gobernante.

Veamos ahora la novísima definición del Estado fascista, hecha por Mussolini o por uno de sus allegados, en un reciente comunicado a la prensa, destinado a la exportación:

"El fascismo se opone a la concepción tradicional del Estado, o sea la autoridad derivada del pueblo; pero apoya la autoridad derivada de Dios.

De ahí que su deseo sea materializado en el rey, porque, primeramente, este poder tiene su fundamento natural en el triunfo de la fuerza y la inteligencia; en segundo lugar, este poder es de origen divino, y en tercer término, porque este poder es conferido al rey por Dios y no por el pueblo. El Estado fascista está basado en la representación de las mejores virtudes y méritos del país, por lo cual trae como resultado un buen gobierno. Las luchas del Estado moderno y el anarquismo individualista están representados por el protestantismo en religión, por el liberalismo en política, por el capitalismo en la economía, por la relatividad en la moral y por el futurismo en las artes.

"Es cierto que el rey sólo puede significar y expresar la soberanía social. La Revolución Francesa trató de obtener el poder real, pero se vio obligada a disolver toda la organización económica del país, lo cual la obligó a reorganizarse. Es necesario colocar las funciones del soberano sobre la representación profesional del pueblo, como la ha ejemplarizado en el Parlamento la concepción fascista del Estado, que presupone al rey como "Señor y Ley". La ley vive ininterrumpidamente en la persona del rey por derecho divino, y por la tradición romana el rey es por derecho el representante del pueblo, aunque completamente aparte e independiente de él. Esta concepción es la única capaz de salvaguardar los intereses particulares generales y la perfecta y justa distribución de los productos de las riquezas del país. El fascismo considera al rey como irresponsable, de acuerdo con la doctrina más pura. Su poder es absoluto, mientras sus ministros son responsables solamente ante él.

"La teoría fascista de la aristocracia está basada en el principio de circulación de las más eminentes personalidades, o sea que aquellos que pertenecen a una clase social más baja pueden asumir el poder cuando demuestran poseer cualidades y aptitudes excepcionales. Es evidente que los miembros de la aristocracia se están degenerando y que es necesario llenar los claros con sangre nueva y mejor, llevando a los puestos a aquellos que demuestran facultades para gobernar y son capaces de alzarse en la jerarquía social hasta alcanzar los más altos rangos".

El lector deducirá lo que buenamente pueda de esa cábala estatal. En ese horrible conjunto de teorías políticas y religiosas, en esa mezcla de

principios antitéticos, no es posible definir una clara y comprensible concepción del Estado. ¿Consistirá en eso la superioridad del fascismo y el genio de Mussolini?

La única conclusión que se podría sacar de esa especie de teología pagana, con su triple divinidad — el rey, el papa y el "duce" —, sería esta: El Estado fascista es una monarquía absoluta, de origen divino, pero está subordinada a un gobierno de casta. De lo que se deduce que la divinidad, por ser intangible e impalpable, está conformada al imperativo de las necesidades y sujeta a las funciones políticas y económicas de la plebeyocracia adueñada del poder.

Mussolini, después de proclamar la irresponsabilidad del rey, poco le cuesta conservar la mo-

narquía. El poder divino no es tangible: no pesa sobre las decisiones del gobierno dictatorial. Sirve de pantalla a los atropellos y violencias de las bandas armadas por la contrarrevolución capitalista.

Pero el fascismo no pronunció aún la última palabra en materia de Estado. ¿No será la etapa final de Mussolini su elevación al trono imperial de Roma? Ese sería el epílogo de la política cesarista de la banda de mercenarios que domina a Italia por el terror, la violencia y el crimen desde que el proletariado dejó de prestar atención a las repetidas alarmas de los gansos del Capitolio...

Mas ¿no es un hecho que con la conquista del Aventino no se impide que algún día el pueblo italiano haga justicia en la Roca Tarpeya?

DE DOCTRINA Y DE TACTICA

PLATAFORMA DE ORGANIZACION DE LA UNION GENERAL DE LOS ANARQUISTAS (PROYECTO)

IV. — LA NEGACION DE LA DEMOCRACIA.

La democracia es una de las formas de la sociedad capitalista y burguesa.

La base de la democracia es el mantenimiento de las dos clases opuestas de la sociedad moderna: la del trabajo y la del capital, y su colaboración sobre el fundamento de la propiedad capitalista privada. La expresión de esa colaboración es el parlamento y el gobierno nacional representativo.

Formalmente, la democracia proclama la libertad de la palabra, de la prensa, de las asociaciones, así como la igualdad de todos ante la ley.

En realidad todas esas libertades tienen un carácter muy relativo: son toleradas en tanto que no contradicen a los intereses de la clase dominante, es decir la burguesía.

La democracia mantiene intacto el principio de la propiedad capitalista *privada*. Por eso deja a la burguesía el derecho a tener en sus manos toda la economía del país, toda la prensa, la enseñanza, la ciencia, el arte, lo que, en realidad, hace a la burguesía dueña absoluta del país. Teniendo el monopolio en el dominio de la vida económica, la burguesía puede establecer su poder ilimitado también en el dominio político. En efecto, el parlamento, el gobierno representativo, no son, en las democracias, más que órganos ejecutivos de la burguesía.

Por consiguiente, la democracia no es más que uno de los aspectos de la dictadura burguesa, velada bajo fórmulas engañosas de libertades políticas y de garantías democráticas ficticias.

V. — LA NEGACION DEL ESTADO Y DE LA AUTORIDAD.

Los ideólogos de la burguesía definen el Estado como el órgano que regulariza las relaciones com-

plicadas, políticas, civiles y sociales, entre los hombres en el seno de la sociedad moderna, y que protege el orden, las leyes de esta última. Los anarquistas están perfectamente de acuerdo con esa definición, pero la completan afirmando que en la base de ese orden y de esas leyes se encuentra el sometimiento de la mayoría enorme del pueblo por una minoría insignificante, y que el Estado sirve precisamente a la obra de ese sometimiento. El Estado es, al mismo tiempo, la violencia organizada de la burguesía contra los trabajadores y el sistema de sus órganos ejecutivos.

Los socialistas de la izquierda y en particular los bolcheviques consideran ellos también la autoridad y el Estado burgués como servidores del capital. Pero estiman que la autoridad y el Estado pueden convertirse, en manos de los partidos socialistas, en un medio poderoso en la lucha por la emancipación del proletariado. Por esa razón, dichos partidos predicán una autoridad socialista y un Estado proletario. Los unos quieren la conquista del poder por medios pacíficos, parlamentarios (los socialdemócratas); los otros por la vía revolucionaria (los comunistas, los socialistas-revolucionarios de la izquierda).

El anarquismo considera ambas tesis profundamente erróneas, nefastas para la obra de emancipación del trabajo.

La autoridad está siempre ligada a la explotación y a la sumisión de las masas populares. Nace de esa explotación o es creada en interés de ella. La autoridad sin violencia y sin explotación pierde toda razón de ser.

El Estado y la autoridad quitan a las masas la iniciativa, matan el espíritu de auto-acción, de la actividad libre, cultivan en las masas la psicología servil de la sumisión, de esperanza en providencias, en autoridades. Ahora bien, la emancipación

de los trabajadores no es posible de otro modo que en el curso de la lucha revolucionaria directa de las vastas masas laboriosas y de sus organizaciones de clase contra el sistema capitalista.

La conquista del poder por los partidos social-demócratas, con ayuda de los medios parlamentarios, en los cuadros del orden actual, no hará avanzar un solo paso la obra de emancipación, por la simple razón que la potencia real y, por tanto, la autoridad real, quedarán en la burguesía que tendrá en sus manos toda la economía y toda la política del país. La misión de la autoridad socialista se reducirá en este caso, a las reformas, al mejoramiento del mismo régimen burgués (ejemplos: Mac Donald, los partidos social-demócratas de Alemania, de Suecia, de Bélgica, llegados al poder en la sociedad capitalista).

La toma del poder con ayuda de una conmoción social y la inauguración de un llamado "Estado proletario" no puede tampoco servir a la causa de la verdadera emancipación del trabajo. El Estado construido supuestamente para la defensa de la revolución, acaba infaliblemente por llenarse con las necesidades específicas, propias de él, se convierte en su propio objeto, producto de las clases especiales privilegiadas sobre las cuales se apoya, somete a las masas, por la fuerza, a sus necesidades y a las de las castas privilegiadas, y restablece, por consiguiente, el fundamento de la autoridad y del Estado capitalistas: la sumisión forzosa, la explotación habitual de las masas. (Ejemplo: el Estado "obrero y campesino" de los bolchevistas).

VI. — LA MISION DE LAS MASAS Y LA MISION DE LOS ANARQUISTAS EN LA LUCHA SOCIAL Y EN LA REVOLUCION SOCIAL.

Las fuerzas principales de la revolución social son: la clase obrera de las ciudades, las masas campesinas y, en parte, la clase intelectual laboriosa.

Observación. — Aun siendo, lo mismo que el proletariado de las ciudades y de los campos, una clase oprimida y explotada, la clase intelectual laboriosa está, sin embargo, más desunida que los obreros y los campesinos, gracias a los privilegios económicos que otorga la burguesía a algunos de sus elementos. Es por eso que los primeros días de la revolución social sólo las capas menos acomodadas de la clase intelectual tomarán en ella una parte activa.

El punto de vista anarquista sobre el papel de las masas en la revolución social y en la acción socialista constructiva difiere, de una manera típica, de la de los partidos estatistas. Mientras que el bolchevismo y las corrientes que están emparentadas con él estiman que la masa laboriosa no posee más que instintos revolucionarios destructivos, siendo incapaz de una actividad revolucionaria creadora, — razón por la cual esta última debe concentrarse en manos de hombres que formarían el gobierno o el comité central del partido, — los anarquistas piensan, al contrario, que la masa laboriosa contiene posibilidades creadoras enormes y aspiran a suprimir los obstáculos que impiden su manifestación.

Como el obstáculo principal lo ven los anarquistas precisamente en el Estado que usurpa todos los derechos de las masas y les priva de casi todas las funciones económicas y sociales, el Estado debe morir, no "un día" en la sociedad futura,

sino de inmediato. Debe ser demolido por los trabajadores, el primer día de su victoria, y no debe ser restablecido bajo ninguna forma. Será reemplazado por un sistema de las organizaciones de los trabajadores productoras y consumidoras, unificadas federativamente y administrándose ellas mismas. Ese sistema excluye tanto la organización de la autoridad como la dictadura de un partido, cualquiera que sea.

La revolución rusa de 1917 trazó precisamente esa vía a la emancipación social creando el sistema de los soviets y de los comités de fábrica. Su triste error fué el no haber liquidado a tiempo la organización de una autoridad de Estado: del gobierno provisorio, primero, del poder bolchevique, luego. Los bolchevistas, aprovechando la confianza de los obreros y de los campesinos, reorganizaron el Estado burgués conforme a las circunstancias del momento y mataron luego, con ayuda de ese Estado, la actividad creadora de las masas: sofocaron el régimen libre de los soviets y de los comités de fábrica que representaban los primeros pasos hacia la actividad constructiva no estatista.

La acción de los anarquistas puede ser dividida en dos períodos: la de antes de la revolución y la de durante la revolución. En uno y en otro caso, los anarquistas no podrán llenar su papel de otro modo que como fuerza organizada que tenga una concepción clara de los fines de su lucha y del camino que lleva hacia la realización de ese fin.

La tarea fundamental de la Unión Anarquista General, en el período pre-revolucionario, debe ser: la preparación de los obreros y de los campesinos para la revolución social.

Puesto que niega la democracia formal (burguesa), la autoridad y el Estado, puesto que proclama la emancipación completa del trabajo, el anarquismo hace resaltar, con la mayor claridad, los principios de la severa lucha de clases; despierta y desarrolla en las masas la conciencia y la firmeza revolucionarias de clase.

Es, pues, precisamente en el sentido de la implacabilidad de clase (1), del antidemocratismo, del antiestatismo, de los ideales del comunismo anárquico, como debe hacerse la educación libertaria de las masas. Pero la educación sola no basta. Es necesaria también una cierta organización anarquista de las masas. Para realizarla, hay que obrar en estos dos sentidos: por una parte en el de la selección y la agrupación de las fuerzas revolucionarias obreras y campesinas sobre la base de la idea anarquista (organizaciones anarquistas de idea); por otra parte, en el sentido de la agrupación de los obreros y campesinos revolucionarios sobre la base de la producción y del consumo (organizaciones productoras revolucionarias de los obreros y campesinos; cooperativas obreras y campañas libres, etc.).

(1) *El autor o los autores ¿se proponen la transformación social o la aniquilación de los que no pertenecen a la clase proletaria? Según nuestra opinión, si se desea lo primero, si la revolución no es una matanza de burgueses, sino una transformación social, la educación pre-revolucionaria del proletariado debe consistir mucho más en inculcarle sentimientos y pensamientos de humanidad que en inculcarle odios estériles y revanchas que pueden traducirse muy fácilmente en deseos contradictorios con la libertad que prestigia y posula el anarquismo.*

La clase obrera y campesina, organizada sobre la base de la producción y del consumo y penetrada de la ideología del anarquismo revolucionario, será el primer punto de apoyo de la revolución. Cuanto más conscientes y mejor organizados esos ambientes desde el punto de vista anarquista desde ahora, más penetrados estarán de tendencias anarquistas, de espíritu de firmeza y de creación libertarias en el momento de la revolución.

En cuanto a la clase obrera en Rusia es claro que después de ocho años de dictadura bolchevista que encadenó la necesidad normal de las masas en libre acción y demostró, mejor que no importa qué, la verdadera naturaleza de todo poder, esa clase oculta posibilidades enormes para la creación de un movimiento anarquista y anarquista sindicalista. Los militantes anarquistas organizados deberán ir, con todas sus fuerzas disponibles e inmediatamente al encuentro de esas necesidades, no permitiéndoles degenerar en menchevismo.

Con la misma plenitud de sus fuerzas, con la misma urgencia, los anarquistas deberán dedicarse a organizar al campesino pobre, aplastado por la autoridad, que busca una salida y oculta posibilidades revolucionarias enormes.

La misión de los anarquistas en períodos revolucionarios no puede limitarse a la sola propaganda de las palabras de orden y de las ideas del anarquismo.

La vida es la arena, no solamente de la propaganda de tales o cuales ideas, sino también en el mismo grado, la arena de la lucha, de la estrategia, del choque de esas ideas de las cuales cada una trata de llegar a ser la idea dirigente.

Más que ninguna otra idea, el anarquismo debe ser, en la revolución social, la idea dirigente, porque no será más que sobre la base ideológica del anarquismo que la revolución social podrá culminar en la emancipación completa del trabajo.

La situación dirigente de las ideas anarquistas en la revolución significará, al mismo tiempo, que los anarquistas deberán conducir los acontecimientos desde el punto de vista de la idea. No hay que confundir, sin embargo, esa dirección de idea con la política de los partidos estatistas que culmina finalmente en el Estado.

El anarquismo no aspira a la conquista del poder político, a la dictadura. Su aspiración principal es ayudar a las masas a entrar en el camino

de la revolución social y de la construcción socialista. Ahora bien, no basta que las masas tomen el camino de la revolución social; importa más saber mantener esa tendencia de la revolución y su finalidad: la supresión de la sociedad capitalista en nombre de la de los trabajadores libres. La experiencia de la revolución rusa de 1917 nos ha mostrado que esta última tarea está lejos de ser fácil, a causa sobre todo de los numerosos partidos que tratan de impulsar el movimiento del lado opuesto al de la revolución social.

En despecho de lo que las masas viven profundamente, en los movimientos sociales, las tendencias y las consignas anarquistas, estas tendencias y esas consignas están pulverizadas, no están unidas en un sistema determinado y, por tanto, no poseen esa potencia de idea organizada y dirigente que es necesaria para mantener la tendencia y la finalidad anarquistas en la revolución social. Esa potencia de idea, potencia dirigente, no puede ser otra que colectiva. Los elementos anarquistas organizados y el movimiento libertario organizado serán precisamente ese factor colectivo de potencia.

Los deberes ideológicos y prácticos de la potencia colectiva anarquista, es decir de la Unión Anarquista General, en tiempo de revolución son considerables.

La Unión deberá manifestar su iniciativa y desplegar su participación entera en relación a todos los dominios de la revolución social: el de la tendencia y del carácter general de la revolución; el de la guerra civil, de la defensa de la revolución; el de las tareas positivas de la revolución; en el problema de la nueva producción, del consumo, en la cuestión agraria, y así sucesivamente.

Sobre todas estas cuestiones y sobre muchas otras, la masa exigirá de los anarquistas una respuesta clara, precisa. Una vez que los anarquistas se hagan predicadores de la idea de la revolución anarquista y de la estructura anarquista de la sociedad, serán obligados a dar a todas esas cuestiones una respuesta clara, a enlazar la solución de esos problemas con la idea general del anarquismo y a consagrar todas sus fuerzas a su realización.

Solamente en ese caso la Unión Anarquista General y el movimiento libertario llenarán enteramente su misión dirigente — desde el punto de vista de la idea — en la revolución social.

Publicaciones

recibidas

Background of the Plymouth Trial, by Bartolomeo Vanzetti. 38 págs. 8°. Published by Road to Freedom Group, Boston, Mass. Precio, 25 cts.

Henrique Malatesta. — Em tempos de eleições. Biblioteca da editorial Sem deus nem patria, Sao Paulo, 1927. Precio: 200 reis.

J. Puig y Ferreter. — *Servidumbre*. (Memorias de un pe-

riodista) Versión castellana de Felipe Alaiz. 207 págs. 8°. Editorial Cosmos, Barcelona. Precio: 3 pesetas.

Exposición Shum. Barcelona-Sabadell. Album con 27 reproducciones de trabajos de Shum. Barcelona. Precio: 60 céntimos.

Periódicos y revistas.—

Generación Consciente, revista ecléctica mensual. Marzo de 1927, N.º 43. Valencia. Desde enero aparece con más número de páginas. Precio: 60 céntimos.

Ética, revista de educación individual, filosofía, literatura, arte y naturismo. N.º 3, marzo de 1927, Barcelona.

El despertar marítimo, órgano de la Federación regional

marítima, afecta a la C. N. del Trabajo, Vigo. N.º 5 del 1 de marzo.

Solidaridad, órgano de la F. O. R. U. Boletín número 7, de marzo.

Hacia la Libertad, boletín del Sindicato único del automóvil. Año V, N.º 29, marzo, Montevideo.

Adelante. Año IV, números 19 y 20, de enero y febrero respectivamente. Huarochiri (Perú), periodiquito de propaganda libertaria elemental.

De Moker, órgano de la juventud obrera. Año IV, N.º 29, marzo de 1927. Amsterdam-West.

Sagitario. IIª época. N.º 33, febrero 28. Villa Cecilia, Tamps. México.

Librería de LA PROTESTA

Biblioteca Sociológica Internacional, a \$ 0.50 el tomo

- L. Ferriani. — *La explotación infantil* (Dramas de la infancia).
 Daniel Bellet. — *Ilusiones socialistas y realidades económicas*.
 Valenti Camp. — *Premuniones y remisiones*.
 I. Orchanaky. — *La herencia en las familias enfermas*. Prefac. de C. Lombroso.
 A. Menger. — *El Estado socialista* (2 tomos).
 Aquiles Loria. — *Problemas sociales contemporáneos*.
 Carlos Perrini. — *El mundo y el hombre*.
 G. de Greef. — *Las leyes sociológicas*.
 R. W. Emerson. — *Siete ensayos* (2 tomos).
 W. James. — *Los ideales y la vida* (2 tomos).
 A. Harnack. — *La esencia del cristianismo* (2 tomos).
 E. González Blanco. — *El feminismo en las sociedades modernas* (3 tomos).
 Gustav Scholler. — *Política social y economía política* (2 tomos).
 D'Ambrosio. — *Pasividad económica* (2 tomos).
 Alvaro de Albornoz. — *Individualismo y socialismo*.
 Bastible C. F. — *La teoría del comercio internacional*.
 Adolfo Dyrof. — *El concepto de la existencia*.
 E. Cimballi. — *El nuevo derecho internacional*.
 T. Carlyle. — *Sartor Resartus* (2 tomos).
 John Fiske. — *El destino del hombre*.
 José Antich. — *Egoísmo y altruismo*.
 E. González Blanco. — *El Hilozeísmo como medio de concebir el mundo*.
 G. de Azcarate. — *Concepto de la sociología*.
 Emilio Laurent. — *La antropología criminal y las nuevas teorías del crimen*.
 J. Caballero Rodríguez. — *El espíritu de la enseñanza*.
 G. Bovio. — *El genio. Un capítulo de psicología*.
 Leopoldo Lacour. — *Humanismo integral* (2 tomos).
 Emilio Reich. — *El éxito de las naciones* (2 tomos).
 Lino Ferriani. — *Las mujeres y los niños en la vida social*.
 M. Legrain. — *Degeneración social y alcoholismo*.
 M. A. Vaccaro. — *Génesis y función de las leyes penales* (2 tomos).
 Ellen Key. — *Amor y matrimonio* (2 tomos).
 S. Valenti Camp. — *Atisbos y disquisiciones*.
 M. Longo. — *La conciencia criminal*.
 Pascual Rossi. — *Las sugerencias y la muchedumbre*.
 E. Ciccoiti. — *El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo* (3 tomos).
 Th. Ziegler. — *La cuestión social es una cuestión moral*.
 Lino Ferriani. — *Delinuentes astutos y afortunados*.
 Pascual Rossi. — *El alma de la muchedumbre* (2 tomos).
 Diego Ruiz. — *Genealogía de los simbolos* (2 tomos).
 Th. Hertzka. — *Las leyes de la evolución social* (2 tomos).
 T. Carlyle. — *Los héroes* (2 tomos).
 A. Asturiano. — *El materialismo histórico y la sociología general*.
 Pedro Dovado. — *Nuevos derroteros penales*.
 J. M. Baldwin. — *El desenvolvimiento mental en el niño y en la raza* (2 t.).
 E. Grosse. — *Los comienzos del arte* (2 tomos).
 G. Cimballi. — *Los derechos de los pueblos*.
 Jean Jaurés. — *Acción socialista* (2 t.).
 S. N. Patten. — *Los fundamentos económicos de la protección*.
 A. Chiappelli. — *Voces de nuestros tiempos* (2 tomos).
 G. Cimballi. — *El derecho del más fuerte* (2 tomos).
 M. Thury. — *El paro forzoso*.
 A. Asturiano. — *Sociología zoológica*.
 G. Rodríguez García. — *La nueva pedagogía*.
 Simon N. Patten. — *Teoría de las fuerzas sociales*.
 J. Gascón. — *Los sindicatos y la libertad de contratación* (2 tomos).
 A. Niscofo. — *Fuerza y riqueza* (2 t.).
 Andrés Anguilli. — *La filosofía y la escuela* (2 tomos).
 R. Ardigó. — *La ciencia de la educación* (2 tomos).
 Henry George. — *Un filósofo perplejo* (2 tomos).
 H. Hoeffding. — *La moral* (4 tomos).
 G. Piazz. — *El arte y la muchedumbre* (2 tomos).
 Henry George. — *Progreso y miseria* (2 tomos).
 Pascual Rossi. — *Místicos y sectarios* (2 tomos).
 A. Angiolini. — *De los delitos cutposos* (2 tomos).
 A. Chiappelli. — *El socialismo y el pensamiento contemporáneo* (2 tomos).
 G. Sergi. — *Leopardi a la luz de la ciencia* (2 tomos).
 Ellen Key. — *El siglo de los niños* (2 tomos).
 Valenti Vivo. — *La sanidad social y los obreros*.
 F. Pi Margall. — *Las clases jornaleras*.
 Lamennais. — *Palabras de un creyente*.
 H. Spencer. — *Orcación y evolución*.
 G. Sergi. — *Evolución humana, individual y social* (2 tomos).
 G. de Greef. — *Evolución de las creencias y de las doctrinas políticas* (2 tomos).

!!! APARECIO !!!

JOHANN MOST, LA VIDA DE UN REBELDE

POR RUDOLF ROCKER



Tomo primero, 344 páginas. Precio: \$ 1.50.

Tomo segundo (aparecerá en breve, se reciben pedidos de ejemplares), Editorial "La Protesta"—Perú 1537, B. Aires